

DE LOS MEDIOS A LAS MEDIACIONES:
LECTURAS INESPERADAS

Néstor García Canclini

¿Cómo elige uno los libros para hacer la bibliografía de un curso? En parte, están los textos imprescindibles para que los alumnos conozcan el estado de los conocimientos en una disciplina. Luego, los trabajos que ponen en escena los debates vigentes, relatan investigaciones ejemplares y muestran cómo hacerlas. Cuando elaboro un programa me importa también agregar otro tipo de libros, que suelen ser significativos para cinco o seis estudiantes: son los que a mí me activaron las ganas de estudiar y escribir. Los que me incitaron a pensar de otra manera y movilizaron mi deseo de hacer algo distinto con la página en blanco.

De los medios a las mediaciones cumple todos estos requisitos para estar entre los libros más utilizados por quienes trabajamos sobre América Latina. Pero no voy a referirme a su valor como balance enciclopédico de los saberes sobre la comunicación, la antropología, la sociología y sus alrededores, ni a la difusión internacional que ofreció a estudios de caso hechos en Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Perú, México y otros países. Prefiero ocuparme de este texto en tanto me impulsó a hacer mi propio trabajo, y también por las peculiares lecturas que ha suscitado.

Quiero contar aquí por primera vez que cuando leí *De los medios a las mediaciones* en la época en que estaba preparando *Culturas híbridas*, descubrí que parte de lo que me proponía hacer ya estaba realizado. Me alegró que una tarea intelectual que me parecía estratégica, pero sentía insegura porque desobedecía las rutinas disciplinarias, también hubiera sido valorada por un autor que ya apreciaba por su modo de colocarse con sutileza en las intersecciones entre lo acumulado en los saberes establecidos y lo que faltaba explorar. Tiré unas cuantas páginas y guardé otras para usar como apuntes del diálogo que iba a desarrollar con la obra de Jesús Martín-Barbero.

¿Qué fue lo que leí en este libro que ya no necesitaba trabajar en el mío? La explicación de lo que las sociedades hacen con su pasado cuan-

do surgen tecnologías de comunicación masiva, de qué modo entender este proceso como continuación de lo que la escuela y la iglesia, la literatura popular y el melodrama realizaron para masificar la cultura antes de que irrumpieran los medios electrónicos. Hasta la obra de Martín-Barbero casi ningún especialista en comunicación de América Latina se daba cuenta de que para interpretar la radio y la televisión había que averiguar cómo se habían ocupado de la cultura popular la iglesia y las brujas, los anarquistas y los movimientos obreros; y los antropólogos o los sociólogos políticos, que estudiaban estos temas, no se interesaban por los medios masivos. También encontré pistas novedosas sobre lo que en América Latina podían significar la escuela de Frankfurt despojada de su melancolía aristocrática y el marxismo liberado de reduccionismos. Por lo tanto, cómo reunir los saberes de disciplinas acostumbradas a pensar sin conocerse —la antropología, la sociología, los estudios comunicacionales y literarios— y así entender juntas la formación de las nociones de pueblo en un campo, de masas en otro, de política y nación más allá. En suma, nos dio a muchos confianza para escribir libros que confundieran a los bibliotecarios, que no fueran fáciles de ubicar en un solo estante.

¿Qué fue lo que, al leer *De los medios a las mediaciones* no me convenció, o me pareció sólo parcialmente aceptable? Tuve la impresión de que su actitud crítica hacia el tradicionalismo folklórico y el economicismo de la izquierda ya no era tan exigente cuando se dejaba fascinar por las “solidaridades duraderas y personalizadas” de la cultura barrial, de los movimientos de mujeres y jóvenes, y que confiaba demasiado en la capacidad de los sectores populares para generar una “institucionalidad nueva” que fortaleciera la sociedad civil. Valoré que por fin se sistematizaran, con una mirada comprensiva de sus diferencias, las variadas modalidades de cultura urbana en que los grupos subalternos rehacían sus tradiciones para habitar la modernidad. Pero me faltaban páginas que, como las dedicadas por el mismo autor al populismo folklorizante de principios de siglo, interrogaran por qué los sectores populares participan eufóricos en *shows* televisivos que los humillan, dan consenso a políticos que preservan la explotación, en fin, deslindar lo que en las actuales culturas populares es promesa de otros modos de conocimiento de lo que es reproducción degradada de los saberes y prácticas hegemónicos.

Hay que decir en seguida que el propio Martín-Barbero hizo relecturas de sus posiciones, a los dos o tres años de su publicación, que despejan las dudas. En un texto de 1990, *Los estudios de comunicación en la encrucijada actual*, advertía contra el fundamentalismo de lo alternativo: “Es mucho el esfuerzo por darle voz e imagen a los excluidos, por abrirle espacio a la expresión popular que hay detrás de la llamada ‘comunicación alternativa’. Pero también es mucho lo que ahí se ha agazapado de

visión maniquea y marginalista, cargada de residuos puristas y populistas: identificado con lo popular y esto a su vez con lo auténtico, lo alternativo sería el mundo de la horizontalidad y la participación en sí misma. Por eso diseñar alternativas de comunicación es trabajar tanto por ampliar las voces y los géneros que caben en los medios masivos como por potenciar la democratización que se gesta en los proyectos de comunicación comunitaria. En uno u otro ámbito lo que se trata es de hacer efectiva la pluralidad, la diferencia que enriquece a la sociedad y desde la que se construye la democracia” (Martín-Barbero, 1995: 200).

Creo que sí el libro célebre de Martín-Barbero sigue movilizándonos es, en parte, porque él aplicó a su propio trabajo una mirada vigilante, fue revisando su propia formulación y confrontándola, una y otra vez, con los usos que se iban haciendo de su obra. En la comunicación presentada en Felafacs destacó la libertad de apropiación de teorías internacionales, mostró cuánto del pensamiento latinoamericano se ha ido formando mediante “las lecturas desviadas y a veces hasta ‘aberrantes’ a las que las sometemos para luchar contra la fetichización de los textos y los autores. Así, en los años setenta fue desviado de su sesgo difusionista el modelo sistémico y se usó de modo no maniqueo el análisis ideológico; en los ochenta se complejizó el modelo informacional introduciendo variables históricas y se abrió la teoría cultural a un abordaje no apocalíptico de los medios masivos” (Martín-Barbero, 1995: 202-203).

En suma, la construcción de pensamiento original como una relectura experimental de los autores para evitar que se vuelvan totémicos, de las teorías para que no se embalsamen como doctrinas, y de los propios libros para hacerlos sobrevivir a las interpretaciones perezosas.

Por supuesto, estas intenciones individuales suelen encontrar resistencia en las rutinas académicas, en las reglas de reproducción y circulación del trabajo intelectual. Un joven investigador argentino me contaba en octubre pasado, durante la reunión de Felafacs, en Lima, que veía un inconveniente en el libro *De los medios a las mediaciones*. Como muchos estudiantes de su generación, que habían empezado a estudiar con esa obra, conocieron a Adorno y a Benjamin gracias a Martín-Barbero, pero como ya sabían lo que esos autores pensaban y lo que había que pensar sobre ellos no leyeron los textos de los frankfurtianos hasta mucho más tarde, cuando emprendieron el posgrado. Esta alteración en el orden de las lecturas no dice gran cosa sobre el libro de Martín-Barbero, sino más bien acerca de los hábitos de aprendizaje del sistema universitario: se leen fotocopias más que libros, capítulos sueltos en vez de obras, se discute a partir de la información de reseñas —a veces sólo verbales— y no después de luchar con la argumentación y la prosa del autor original.

En diez años de usar el libro de nuestro autor, he visto, por supuesto, a alumnos que por primera vez se sentían incitados a leer a Hanna

Arendt, a Richard Sennett y a Norbert Lechner. A mí me impulsó a conocer a Geneviève Bollème, en cuya traducción al español luego tuve algo que ver. Pero tal vez la mejor manera de conjurar el riesgo de usar la obra mayor de Martín-Barbero como manual es seguir, en su producción posterior, los movimientos que vuelven sobre los autores citados en aquel libro y revelan que quedaba mucho por averiguar en los textos clásicos que él citaba.

Pero más que estas relecturas me impresiona la interlocución constantemente renovada que él viene manteniendo con autores de muchas disciplinas, consagrados y jóvenes, hasta muy jóvenes, en toda América Latina. No era nada frecuente que en una obra con la envergadura que tiene *De los medios a las mediaciones* se hallaran citas a autores sólo conocidos, hasta ese libro, en su propio país —Argentina, Brasil, Chile, Perú— y aun de naciones con menos repercusión en los *raitings* internacionales del prestigio académico.

Me acuerdo de una conversación con Carlos Monsiváis, en 1989, en que me comentó su admiración por este libro. Su primera observación, dicha con asombro y autoironía, fue: “aunque nos cita demasiado”. Esa generosidad no se interrumpió cuando el libro se convirtió en clásico y su autor en uno de los más citados del continente, y aún en Europa y Estados Unidos. Mediador entre las obras que aparecieron el último año en la producción internacional y los nuevos especialistas que acaban de escribir una tesis o incluso un artículo innovador, Martín-Barbero ha mostrado que en esta oscilación entre lo consagrado y lo que emerge hay tensiones indispensables para un pensamiento inconforme.

Para introducir una tercera lectura inesperada o paradójica de su obra, recorro a un artículo escrito hace unos meses por Umberto Eco, cuando en Italia se manifestó una de esas actitudes xenofóbicas frecuentes en este fin de siglo: “¿Qué debe hacer el intelectual —preguntaba Eco— si el alcalde de Milán niega hospitalidad a cuatro albaneses? Es tiempo perdido si se le recuerdan algunos principios inmortales porque, si no los ha asimilado a su edad, no cambiará de ideas leyendo un llamamiento. En este punto, el intelectual serio deberá trabajar para escribir de nuevo los textos escolares sobre los que estudiarán los descendientes de ese alcalde, y eso es todo lo que se le podría pedir”.

En un artículo de hace algún tiempo en el diario *El País*, donde evoca ese texto, Fernando Savater se pregunta: “¿Qué debe hacer el intelectual si numerosos jóvenes del País Vasco consideran perros invasores a gran parte de sus conciudadanos, si los *mossos d'esquadra* creen que Madrid es la capital de un país vecino, si castellanos viejos consideran peligrosos alborotadores a quienes hablan en catalán y vascuence, mientras los jóvenes canarios no estudian los dinosaurios o el ferrocarril por ser entidades foráneas a la peculiaridad isleña?”. También Savater sostenía que “lo único serio que intelectualmente puede hacerse es reescribir los textos

escolares" e intervenir en el debate español sobre la reforma de las humanidades para promover nuevas formas de convivencia razonada más allá de la restauración del hispanismo casi franquista impulsado por el actual gobierno y de los nacionalismos regionales. No son las universidades, en su actual estado, explicaba Savater, el mejor recurso para superar el antagonismo entre ambas tendencias cuando, por ejemplo, los impresos de matrícula para cursos de doctorado de la Universidad Politécnica de Barcelona se publican bilingües: en catalán y en inglés.

Así como Savater se asombra de que los nacionalistas de su país estén dispuestos a ser "ciudadanos europeos, ciudadanos del mundo, de donde sea... menos ciudadanos españoles españoles", también en América Latina los intelectuales tenemos que dedicar bastante tiempo a entender por qué los empresarios y los gobiernos se apresuran a firmar acuerdos de libre comercio que nos convierten, si no en ciudadanos, al menos en consumidores del mundo y, a la vez, se multiplican los grupos que se atrincheran en fundamentalismos regionales o étnicos. Pero lo más difícil es encontrar quienes, en medio de estas dos fugas de las culturas nacionales (hacia la globalización y hacia las regiones), deseen imaginar cómo pueden rehacerse países que ya transitaron décadas por la modernidad democrática y que hoy, como Argentina, México, Colombia y otros, dejan que crezcan y avancen las fuerzas que los desintegran.

Podríamos hablar de la obra de Martín-Barbero y de otros intelectuales latinoamericanos que, demasiado solos, están contribuyendo —para decirlo con palabras de este autor— a que nuestra sociedad de medios no quede encapsulada en los miedos y las sospechas. Su labor periodística y su participación en el Foro de la Constituyente en Colombia lo demuestran. Pero deseo, más bien, detenerme en el hecho curioso de que Eco y Savater redujeran sus expectativas a un trabajo de reforma educacional. Su argumento de que lo que los intelectuales podemos hacer se sitúa, sobre todo, en la larga duración del trabajo escolar me parece pertinente. Pero me extraña que ni uno ni otro se ocupen de lo que podría realizarse a través de los medios masivos.

No sé si están desanimados ante la hegemonía de Berlusconi o la regresiva política comunicacional de Aznar. Si así fuera, coincidirían con el desaliento que muchos sienten de este lado del Atlántico ante el control monopólico de Warner y Hollywood, Globo y Televisa. Por eso, tal vez, Martín-Barbero esté de acuerdo conmigo en que hoy sería estratégico invertir el título de su libro.

Su obra fue decisiva en estos diez años para que dejáramos de aislar a los medios y concibiéramos la acción de éstos como parte de las mediaciones sociales. Sin embargo, al acercarnos al fin de esta década, en que la globalización de la economía y de las comunicaciones se impone, nuevos mediadores sociales (organismos ecológicos, de derechos humanos, movimientos étnicos, populares urbanos), ensayan fórmulas inéditas

tas para renovar el tejido social, pero no saben qué hacer con los medios, cómo pasar de las acciones microsociales a una reorganización de las políticas comunicacionales. ¿No es hora, entonces, de pasar de las mediaciones a los medios? O sea: reformular nuestros planes de estudio y nuestros desempeños públicos para que lo que investigamos y enseñamos, además de renovar el *curriculum* educacional y formar ciudadanos interculturales y democráticos, logre que estos objetivos operen eficazmente en las industrias culturales.

¿Qué era inesperado en 1987 y hoy es parte central de nuestra cultura? Un diccionario de los nuevos términos incluiría centenares de palabras, muchas de ellas en inglés o en adaptaciones de términos de esa lengua que circulan en otras: *broker*, *compact*, descodificador, *disket*, escanear, internauta, libre comercio, muro de Berlín, teletienda, virus informático. Cito sólo diez términos que hacen patente cuánto de los nuevos procesos culturales tiene que ver con medios y mediaciones.

Creo que ninguna de estas palabras se mencionan en el libro de Martín-Barbero. Pero que haya centrado su obra en los procesos de mediación indica en qué grado apuntaba a la lógica en expansión de los sistemas sociales. Más importante que establecer cuántos términos que hoy utilizamos fueron examinados en el texto de 1987 de Martín-Barbero, me parece significativo decir que la tercera sección de su libro, dedicada al pasaje de lo nacional a lo transnacional, señala la dirección en que hoy necesitamos proseguir su trabajo.

En varios artículos de los años noventa, y notoriamente en la conferencia dictada en la reunión de Felafacs de octubre pasado, en Lima, Martín-Barbero indaga la recomposición de las mediaciones en tiempos de globalización. Dos escenas le resultan decisivas: la ciudad y la televisión. "Entre la necesidad del lugar y la inevitabilidad de lo global, cada día más millones de hombres habitamos la globalidad de la ciudad: ese espacio comunicacional que conecta entre sí sus diversos territorios y los conecta con el mundo." En cuanto a la televisión, sostiene que su principal papel mediador consiste ahora en facilitar que "la fragmentación de la ciudadanía" sea "tomada a cargo por el mercado".

Se trata, sin duda, de dos asuntos clave. Creo que debemos extender esta línea de investigación analizando el conjunto de nuevas instancias de intermediación transnacional que deciden cada vez más lo que circula y lo que se excluye, lo que vale y lo desestimado, en el arte y la literatura, en la producción audiovisual y en el trabajo científico. En este tiempo de interacción densa del arte con los medios masivos, y de circulación transnacional de la cultura, entre los productores y los receptores culturales existe una red compleja de instituciones (galerías, museos, editoriales), financiadores (bancos, fundaciones, *sponsors* estatales y privados) y profesionales de la crítica, la comunicación, el turismo y otras actividades conexas que influyen en el sentido social que van adquirien-

do los bienes simbólicos. Esta trama no es sólo intranacional; involucra a organismos internacionales, sistema de comercialización y valoración estética globalizados. Así lo comprobamos en las exposiciones de arte que se diseñan para itinerar por muchos países y se adaptan a las culturas de cada lugar; también en las telenovelas occidentales a las que se les cambia el desenlace para distribuirlas en naciones asiáticas a fin de que no perturben la moral de sociedades islámicas. Pero a veces las negociaciones interculturales son más secretas y dependientes de estrategias económicas y políticas. Algunos estudiosos (Yúdice) han mostrado las articulaciones entre acuerdos de libre comercio y diplomacia cultural en las exposiciones promovidas por países latinoamericanos y asiáticos en el Metropolitan Museum y el Centro Pompidou: los Estados, grandes empresas y escritores de renombre se alían para organizar una lectura de las culturas periféricas que, mediante la fascinación de su "realismo mágico", sean reconocidas en los centros de consagración estética y apoyen las operaciones políticas y económicas globalizadoras.

BIBLIOGRAFÍA

- DE LA CAMPA, Román, "Transculturación y posmodernidad: ¿destinos de la producción cultural latinoamericana?", en: *Memorias: Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*, Jalla, La Paz, Plural Editores, 1993, pp. 133-150.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús, *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili, 1987.
- , "Comunicación y modernidad en América Latina", en: *Pre-textos: conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Cali, Centro Editorial Universidad del Valle, 1995, pp. 165-175.
- , "Los estudios de comunicación en la encrucijada actual", en: Martín-Barbero, 1995, *op. cit.*, pp. 193-205.
- , "Globalización comunicacional y descentramiento cultural", en: *Diálogos de la comunicación* (Felafacs), No. 49 (octubre 1997).
- YÚDICE, George, "El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano", en: Néstor García Canclini (coord.), *Culturas en globalización*, Caracas, Nueva Sociedad - CNCA / CLACSO, 1996, pp. 73-126.